

Inspirarla amor a la verdad y odio a la mentira

Cuánto camino allanado; cuánta puerta abierta; cuánta mano caliente de afecto y cuánto ánimo dispuesto, podemos encontrar en el culto austero y en la práctica del amor a la verdad. Deformarla, negarla, ocultarla, son las maneras de vivir empequeñecidos, lastimados espiritualmente, empobrecidos, despreciados. Sólo sobre y con la verdad es posible construir un mundo mejor, en la concreción de una vida digna. Los débiles estiman que no es fácil practicarla; claro, es necesario el permanente ejercicio de la misma. En su vigencia, en su permanencia, está implícito el odio a la mentira, que es siempre falaz, dañina, medrosa, pequeña. Si la verdad libera, la mentira somete y castiga. El espíritu libre usa siempre la verdad, ya que es ella la razón de su libertad; con la mentira van la debilidad, la sordidez, la estulticia. Cuando Carlyle nos recuerda que “dondequiera encuentres una mentira, acaba con ella”, otro filósofo nos impone: “Atrévete a ser veraz; jamás hay algo que necesite una mentira”. Encierra esta máxima una constante de su vida: soportó ingratitudes, sobrellevó mortificaciones de toda índole, vivió todos los sacrificios, disimuló con cristiana generosidad todas las ajenas debilidades, pero sus labios no conocieron nunca la pequeñez de la mentira. Fue su verdad plena, como fue plena su vida de claridad ejemplar. Y, como cabal filósofo, también su alma se llenó de luces, recordando que era verdad aquello de que “iréis a la verdad por la poesía y yo llego a la poesía por la verdad”.